Rebecca

Juan Sierra

Capítulo 1

Apoyé mi mentón sobre su cadera y descansé en ella por un breve lapso, una cadera pronunciada y perfectamente redonda que me atrapaba en su aura. Su piel era dorada, y se aclaraba a medida que mi mirada recorría su cuerpo de sur a norte. Mi mano izquierda naufragaba como un frágil velero en la profundidad de su cuello. Era un cuello largo, delgado, esbelto, esforzadamente tallado, que se desprendía de unos hombros armoniosos y delicados, en perfecta sincronía y coexistencia con su cadera. Era un paralelo majestuoso que conservaba, sin error alguno, las proporciones.

Nos habían presentado en alguna de mis visitas al centro de la ciudad, varios días atrás, por aquellas vicisitudes de la cotidianidad. Estaba inmerso en aquellas charlas con amigos que terminan siempre hablando de los sueños rotos y los impulsos inconclusos, y fue entonces que la vi, de lejos, entre las cabezas, recostando sus hombros sobre la pared, en su vestido negro, pequeña, emanando un brillo propio de su armonía. No dude en preguntar por ella, enterándome de su pasado, de aquel hombre que la había abandonado, que no había llegado allí sola, pero desde que la dejaron nadie había vuelto a escuchar su voz, y que su belleza y frescura eran un peligro inminente para aquel intrépido que deseara su compañía. Un prefacio perfecto para mi inquisidora curiosidad. Fui varias veces a verla sin visitarla, siempre con una excusa más insípida que la anterior, hasta que un día, cansado de mi patetismo y galantería, llené mis bolsillos con algunos ahorros y algo de coraje, y fui por ella, llevándola ese mismo día en mis brazos.

Llegamos a casa y la acomodé en el sillón principal, no por ser el sillón más lujoso, o estar ubicado en el centro de la habitación, sino por ser el mueble más antiguo de la recamara, en donde paso largas horas devorando las páginas de novelas policiales, con una copia muy bien pretendida de Paul Klee en la pared de enfrente, conseguido en alguna baratija, para descansar los ojos de las palabras entre puntos y comas. Allí estaba ella, sentada, enmudecida y esperando. Me serví un trago, le di dos sorbos, me giré para saber que aún estaba allí, en actitud contemplativa, esperándome. Un sorbo más al trago y lo apoyé sobre la mesa donde estaba encendida la única lámpara de la habitación, que con su luz cálida jugaba a ser vela en medio de la oscuridad. Sin más, sin mencionar palabras, sin ningún gesto preparado me acerqué a su cuerpo, la despojé de su vestido negro y me detuve por unos segundos a examinar su desnudez. Mi mano se asentó en su marcada y delicada cintura, una cintura única y perfecta en el mundo; y con un tenue y suave movimiento le di vuelta para observar su espalda, que finalizaba en aquella cadera tallada seguramente por algún mensajero divino.

Llevé mi boca entonces a su vientre, con sutileza, con fina devoción, había admirado su cuerpo bastante, era momento de encontrarnos, de bailar en el pentagrama, dejar de ser extraños para nosotros y mezclarnos en armonioso juego y cortejo. Éramos, aunque ajenos, una necesidad mutua, una indecorosa manifestación del deseo, una difuminación de nuestra propia individualidad.

Estaba ansioso por escuchar los sonidos que emergían de su boca mientras la tocaba con firmeza, la tocaba deseoso de no detenerme. Cerré los ojos y me desconecté del todo, volqué todos mis sentidos a aquella recamara en medio del mundo, a ese silencio, a ese momento, a esa reunión de su piel y mi tacto, de su cuerpo y mis manos. Comencé a escucharla ligeramente, su voz parecía venir desde el centro de su estómago y eran sonidos preciosos. Yo en tanto, levantaba la cabeza de vez en cuando y observaba todo su cuerpo desde allí abajo, desde mi posición al sur de su vientre, desde su sensibilidad austral. Abría y cerraba los ojos por momentos, sentía que su voz la percibía con mayor transparencia si cerraba los ojos y dejaba que mi tiento llevara la fuerza traslúcida de nuestro encuentro. Una mano recorría con la yema de los dedos el cuello en toda su magnitud, bailaban mis dedos sobre ese cuello con rigidez, seleccionando refinadamente cada movimiento, como si fuesen delicadas puntitas de pies en medio de un Ballet. Mi otra mano, a su vez, se paseaba lentamente por encima de su vientre para dar vida a aquella pasión vehemente. Mientras tanto, mi boca respiraba con algo de agitación, allí, donde comienza esa cadera, en los albores de su cuerpo.

Estuvimos en ese complot por mucho tiempo, sin detenernos, hasta que escuché por fin en su voz la exclamación de un ángel, y en ese susurro descubrí que estaríamos junto bastantes años, aunque no la llevara a los cumpleaños familiares, o la enseñara en público por vanidad y vergüenza. Pero si tenía claro que yo seguiría tocándola día y noche a través de los calendarios y las estaciones, solo a ella, a nadie más; seguiría tocándola con el fin de embriagar mis oídos por siempre en su romanza y desterrar de ella su melancolía.

Aquel primer encuentro fue sublime, luego del clímax hubo un silencio perfecto en la recámara, iluminando todo aquello donde había vivido tanto tiempo la soledad y sus sombras. Supe que la amaba en ese instante, y sin temor se lo dije, se lo repetía una y otra vez, incesantemente. La miraba, la acariciaba, la amaba, y se lo decía, luego limpiaba mi sudor de su cuerpo con un trozo de tela, limpiaba la transpiración que habían dejado mis dedos sobre su cuello. Ambos sabíamos que esa primera noche era el prólogo de muchas, así que dijimos basta por hoy. Contemplé por última vez su naturaleza y guardé aquella viola nuevamente en su estuche negro, sin antes afinarla, tal cual como la recibí en la casa de objetos de segunda donde la compré, sintiendome seducido y curioso por su encanto. Además, estaba en descuento. Le encontré un buen lugar a

mi nueva compañía, dejé que descansara y de cariño la llamé Rebecca.